

Ochenta lenguas autóctonas

Mauricio Swadesh

Varios siglos han transcurrido desde la llegada de los conquistadores y en la actualidad cuatro millones de mexicanos siguen hablando cerca de cincuenta idiomas autóctonos. En el México antiguo existía un número de idiomas casi dos veces mayor, puesto que muchos pequeños grupos de pobladores que entonces había se han fundido con otros indígenas y con europeos, dejando de hablar su idioma original. También grandes porciones de las naciones importantes —nahua, otomí, zapoteca, tarasca— dejaron de hablar su lengua materna al incorporarse a la población mestiza de habla castellana, pero la disminución motivada por estas causas fue parcialmente compensada por su aumento de población. Actualmente varias hablas indígenas están en vía de extinguirse; son usadas sólo por los ancianos, y las madres, aun cuando entienden el habla tradicional, platican y arrullan a sus niños en la lengua nacional. Sin embargo, buen número de lenguas nativas son habladas por grandes y chicos, lo que garantiza su duración por tiempo indefinido; entre éstas se incluyen las siguientes, que mencionamos con el número aproximado de personas que las usan:

Nahua	800 000	totonaco	100 000	tarasco	50 000
Yucateco	300 000	tzeltal-tzotzil	90 000	huasteco	45 000
Otomí	250 000	mazahua	90 000	yaqui-mayo	45 000
Zapoteco	250 000	mazateco	60 000	tarahumara	30 000
Mixteco	200 000	mixe y zoque	55 000	chinanteco	30 000

Alrededor de treinta idiomas más son utilizados por un menor número de hablantes.

LAS CAUSAS DE LA CONSERVACIÓN DE LAS LENGUAS INDÍGENAS

En muchos casos, las hablas que se han conservado pueden localizarse en regiones montañosas, desérticas o en cualquier forma aisladas y su conservación parece deberse en parte a esa incomunicación. Efectivamente, las carreteras, las líneas aéreas, el teléfono, la radio y el establecimiento de las escuelas rurales han venido a introducir el español en lugares anteriormente apartados. El efecto ha sido a veces la eliminación paulatina, después de tres o cuatro generaciones, de la lengua autóctona. Sin embargo, hay comunidades que han adoptado el idioma español sin dejar de emplear el materno. El cariño por éste trasciende las simples consideraciones prácticas, de tal manera que el pueblo se vuelve bilingüe. Podemos destacar el nahua, el yucateco y el zapoteco, entre los idiomas que seguramente seguirán utilizándose por mucho tiempo a pesar de la extensión de la lengua nacional. En estos casos, el idioma continúa en uso entre las masas populares, y se va creando una literatura en prosa, poesía y canto, que lo hará persistir inclusive después de la aculturación de las regiones. La lengua no es puramente un instrumento para comerciar y buscar trabajo, por lo que, dondequiera que se respeten las tradiciones, la gente se interesa por conservar su habla materna. No sólo eso, sino que en muchas regiones el uso del idioma se generaliza a tal grado que los comerciantes y profesionales llegados de fuera se sienten obligados a aprenderlo para facilitar el desempeño de sus actividades.

RIQUEZA EXPRESIVA DE LAS LENGUAS

Algunas personas equivocadamente creen que los idiomas de los indígenas son pobres jergas malformadas y se extrañan de su persistencia a través de los siglos; pero los peritos han comprobado que es la lengua una de las primeras grandes invenciones de la especie humana, que se perfeccionó a través de miles de años en todo el mundo. Cada idioma tiene su propia manera de enlazar las palabras en los giros expresivos y formación de las oraciones; pero todos lo hacen con facilidad para externar sus emociones y manifestar sus pensamientos más sutiles. La principal diferencia entre el habla de los habitantes de la selva y los de la ciudad estriba en el número de vocablos que

utilizan ambos, puesto que siempre existen palabras necesarias para expresar los artefactos y conceptos idóneos a cada comunidad. Aún más, cada lengua tiene capacidad para formar nuevas palabras y asimilar voces extranjeras cuando se ensancha el horizonte del pueblo o cuando se desarrollan sus ciencias y conocimientos.

El español ha tenido que adoptar un sinnúmero de voces indígenas para expresar las nuevas cosas y conceptos que aprendió de los indígenas como: elote, olote, cuitlacoche, zapote, cacao, cacahuate, chocolate, tomate, ate, guajolote, tlacuache, zopilote, ocelote, ixtle, nahual, cuate, tocayo, mole, chile, etcétera. El mapa de México abarca una gran cantidad de nombres de ríos, pueblos y cerros tomados de los distintos idiomas indígenas, como Tampico (“lugar de perro”) y Tancanguitz (“lugar de flores”) del huasteco; Zacapu (“piedra”) y Tzintzuntzan (“colibrí”) del tarasco; pathé (“caliente-agua”) del otomí; Chayuco (“pie-cerro”) y Yosondwa (“llanura honda”) del mixteco; Chetumal (*che-tem-al* “tronco muy pesado”) y Acanceh (*akan-keh* “rugido-venado”) del yucateco; Oaxaca (“lugar de huajes”), Tula (*tol-lan* “tule-tierra”), etcétera, del nahua.

Los idiomas indígenas de México han tomado palabras del español, pero como vemos no ha sido un proceso unilateral sino mutuo.

VARIACIÓN DE LAS LENGUAS

Algunas personas ven en la variedad de las lenguas indígenas una señal del carácter primitivo. Es un error: esa variación en la manera de hablar determinado idioma entre los pueblos es sólo un testimonio de su antigüedad en la región. Los matices del lenguaje, tal como aparecen en las distintas aldeas nahuas, mixtecas, zapotecas, otomíes, tzeltales, etcétera, en México, se notan igualmente en España. Si el idioma español de México tiene una variación regional relativamente menor, es porque sólo tiene cuatro siglos de haber llegado; pero las hablas indígenas vienen desde hace miles de años. En ese tiempo los cambios paulatinos, que se originan en todas las lenguas a través de los siglos, se han acumulado hasta presentar muchos regionalismos dentro de un mismo idioma, y hasta lenguas completamente distintas que antes eran variantes de una sola. Lo mismo pasó en Europa, donde las hablas

romances son una diversificación del latín, principalmente en los últimos doce siglos; sin embargo forman sólo una división de un complejo más amplio, llamado “indo-europeo”, que abarca además las lenguas persas, índicas, eslavas, germánicas, celtas, griega, armenia, albanesa y otras ya desaparecidas, habiéndose todas ellas diferenciado de una sola original en un tiempo de seis o siete milenios. Las lenguas autóctonas de México, con las de Norte y Sudamérica, según algunos peritos pretenden comprobar, quizá en su totalidad se derivan de un solo idioma, el “paleo-americano” (o sea el antiguo americano) como resultado de unos quince mil años de cambios lentos en cada región.

Para poder llegar a un concepto de la prehistoria lingüística de México, precisa tomar en cuenta las afinidades entre las lenguas históricamente conocidas. Conviene usar el “siglo mínimo” como medida de semejanza y diferencia entre hablas emparentadas. Éste consiste en el grado de diferencia que puede establecerse en un siglo bajo condiciones de separación completa entre dos hablas; si siguen en contacto, el “siglo mínimo” de diversidad no se alcanza en un siglo sino en un tiempo más largo en proporción al grado de intercambio entre ellas. Se mide la divergencia con una lista diagnóstica que consta de cien palabras común y corrientes escogidas precisamente por ser “básicas” o “no culturales” y sujetas en un mínimo posible a condiciones de vida especiales que puedan influir hondamente sobre la lengua.

FAMILIAS Y ESTIRPES DE MÉXICO

Las lenguas de México pueden clasificarse en dieciocho grupos o idiomas aislados, bien distintos uno de otro.

Uno de ellos es la estirpe llamada “yuto-azteca”, porque incluye el azteca hacia el sur y el yute hacia el norte, junto con varios otros intermedios dispersos. El azteca o mexica es el tipo clásico del nahua, del cual todavía existe una red complicada de variantes locales desde la Huasteca a Tabasco y hasta Oaxaca y Guerrero. Hace cuatro siglos el mexica formaba con estas variantes una serie de matices locales paulatinamente diferenciados, pero a tal grado distintos entre los tipos extremos que debió haber comenzado su diferenciación hace quince siglos. Ligeramente distinta de las demás era el

habla nahua de Pochutla, que se extinguió en las primeras décadas de este siglo. Por la disparidad que muestra en vocablos y en sonidos, parece que el pochuteco había quedado relativamente separado de los otros tipos de nahua desde hace varios siglos.

Los demás componentes de la stirpe yutazteca son el cora y huichol, el pápago y tepecano, el cahita (yaqui-mayo), el ópata-heve y el guarajío-tarahumara de México, así como el hopi, el yute-chemehuevi, el shoshone-comanche, el monachi, el tubatulabal y la familia cahuilla de Norteamérica.

Por la divergencia que existe entre el monachi y el nahua, que son las lenguas extremas del conjunto, se infiere que todas se derivan de una sola que hace unos cuarenticinco siglos únicamente tenía diferencias locales. El área de donde se dispersó el prototipo del yutazteco pudo haber sido el norte del México actual y el suroeste de los Estados Unidos. Si es correcta esta suposición, el nahua habría llegado al centro y sur de México quizás hacia los principios de esta era. No fue el grupo más antiguo en el corazón del país.

El yutazteco es lejanamente afín al cuitlateco, idioma aislado del estado de Guerrero. Éste debe haberle precedido en el movimiento hacia el sur. También anteriores al yutazteco deben haber sido los grupos mayense, mixeño y totonaco. El mayense incluye el huasteco del norte de Veracruz y el este de San Luis Potosí; el maya y el lacandón de Yucatán, Quintana Roo y Campeche; el chol de Chiapas, chontal de Tabasco y tzeltal-tzotzil de Chiapas; además de toda una serie de lenguas que se hablan en Guatemala y Honduras. Se calcula que este grupo comenzó a diferenciarse hace quizá cuarenta siglos. Su área de dispersión pudo haber sido Veracruz, Tabasco y Chiapas, adonde llegaría por una migración paulatina desde el norte. Esto se supone porque tiene afinidades muy lejanas con los grupos mixeño y totonaco y el primero a su vez con el wintun de la Alta California. El mixeño pudo haberse separado del wintun hace como sesenta siglos, y el movimiento de los protomayenses y totonacos hacia el sur se habría iniciado varios siglos antes de esa fecha.

El grupo mixeño abarca el zoque, principalmente de Chiapas, y una gradación de hablas locales que se conocen por “mixe” en Oaxaca y por “popoluca” en Tabasco. La divergencia del grupo es de un mínimo de treinta y cinco siglos. La familia totonaca incluye totonaco y tepehua, principalmente

en Veracruz, que muestran entre sí veinticinco siglos mínimos de diferenciación. El mayense muestra una afinidad bastante lejana con el yutazteco y cuitlateco, pero parece que partes del gran complejo macro-chibcha (inclusive el mísquito, matagalpa, sumo, paya) de Centro y Sudamérica constituyen eslabones intermedios de esta cadena. Esto implica que aun antes de la llegada del maya a territorio mexicano debió haberle precedido el macro-chibcha. Aún más, parece indiscutible que los prototipos de todas las lenguas de Centro y Sudamérica debieron haber pasado por México en un lento desfile que comenzó hace ocho o diez mil años.

Hemos señalado la afinidad del cuitlateco con el yutazteco. Éste a su vez se relaciona con otros idiomas, y de ese modo se constituye una cadena, compuesta de cinco entidades lingüísticas de México y una de un país vecino, el jicaque de Honduras, el cual queda como un eslabón entre el cuitlateco-yutazteco y el coahuilteco-comecrudeño-seriyuma. Se supone que el jicaque pasó después del cuitlateco y yutazteco a través del actual territorio nacional. Los otros tres quedaron en gran parte en el norte ocupando terreno a uno y otro lado de la frontera.

El comecrudeño tiene dos divisiones: el chontal de Oaxaca, que se habla todavía, y el comecrudo y cotoname de la región fronteriza, extintos desde poco tiempo después de la Conquista. La divergencia del idioma sureño con los otros dos es alrededor de treinticinco siglos mínimos, de lo que infiere que se habrá separado de sus congéneres en esa época. El extinto coahuilteco, como el comecrudo y el cotoname, era un idioma de la región desértica del norte; siendo bien distinto de sus vecinos, debe representar una diferenciación muy antigua. El seri y el yuma, relacionados entre sí, muestran a la vez afinidades con el esselen y washo de los Estados Unidos, formando todos estos el “macroyuma”; éste, bastante diferenciado internamente pero aún más respecto a otros idiomas tanto hacia el norte como al este. Suponemos que comenzó a divergir hace muchos milenios pero que sus variantes locales quedaban en contacto mutuo y así mantuvieron una relativa semejanza. Su situación antigua debe haber estado cerca del comecrudeño y coahuilteco.

Los idiomas que más tiempo han ocupado territorio mexicano deben ser siete grupos y dos lenguas aisladas, que forman entre sí la siguiente cadena de afinidades: tarasco, huave, tlapaneco, chiapaneco, zapoteco-chatino, mix-

tequeño, otopame, popoloca y chinanteco. Entre cada una de estas entidades y la siguiente se observa una divergencia de cincuenticinco a sesenticinco siglos mínimos, pero entre la primera y la última es de más de noventa. El huave muestra una afinidad lejana con el mísquito de Centroamérica; y el tarasco, por una parte, con el quechua de Sudamérica, y por otra, con el zuñi y queres del suroeste de los Estados Unidos. Estas relaciones igualmente al norte y al sur, junto con la correspondencia general entre la ubicación geográfica y la afinidad lingüística dentro de la cadena, parecen indicar que el complejo se formó más o menos en su actual sitio, iniciándose su diferenciación hace como nueve a diez mil años.

El huave y el tarasco son lenguas aisladas, es decir, no tienen parientes cercanos. Cada una en sí muestra tan sólo algunas variaciones locales de poca importancia. El chatino y el zapoteco forman una familia lingüística, con una divergencia máxima que sugiere que se han diferenciado en menos de veinticinco siglos. El zapoteco está lejos de ser un idioma uniforme, ya que abarca muchas variantes locales. Generalmente los pueblos vecinos se entienden con más o menos facilidad, pero no ocurre así entre los lejanos. La diferenciación entre hablas alejadas del zapoteco es tan grande que no pudo haberse formado en menos de veinte siglos.

El mixtequeño es una stirpe con divergencia interna de unos cincuenta siglos, que abarca cuatro lenguas distintas: el mixteco, cuicateco, amuzgo y trique. Cada una de estas variantes locales que llegan a proporciones notables en el mixteco, el que presenta quince siglos mínimos de divergencia entre zonas muy alejadas.

El otopame se muestra diferenciado internamente con cincuenticinco siglos mínimos. Tiene cuatro divisiones principales: pame, chichimeco jonaz, otomí-mazahua y matlatzinca. De éstas el chichimeco jonaz es un solo idioma. El matlatzinca incluye el ocuilteco, que es casi igual. El pame está bastante ramificado, dividiéndose en una lengua septentrional y otra meridional, cada una con sus variantes locales, y con quince siglos mínimos de divergencia entre sí. El otomí-mazahua es también un complejo con dos lenguas, otomí y mazahua, separados en diez siglos mínimos.

La familia popoloca tiene una divergencia de más o menos veinticinco siglos mínimos. Abarca el ixcateco, popoloca, chocho y mazateco. Este último tiene marcadas variaciones locales.

El chinanteco tiene una diversificación interna de unos quince siglos mínimos. Consiste en una serie de hablas locales tan distintas entre sí, que la gente tiene inclusive dificultad para entender la lengua de los pueblos vecinos. Esta diferenciación se explica por el aislamiento de las aldeas y el largo tiempo que ha pasado desde que constituían un solo idioma.

El tlapaneco y el chiapaneco comparten la circunstancia de que cada uno tiene un pariente cercano en Centroamérica; el primero emparenta con el subtiaba de Nicaragua y el segundo con el mangué de Costa Rica. Las divergencias son respectivamente ocho y trece siglos mínimos. Estas fechas parecen caer dentro del periodo de expansión del nahua y se pregunta si pudieran relacionarse en alguna forma con ella.

LENGUAS RECIÉN LLEGADAS

Un poco adentrados en la frontera septentrional de México se encuentran algunos indios apaches, que hablan una variante del navajo-apache del suroeste de Estados Unidos, una lengua de la familia atapasca, que constituye una división de la estirpe tlingit-atapasca. El lugar de origen de este grupo está al noroeste del continente norteamericano, como lo demuestra claramente el hecho de que en Canadá hay como quince lenguas atapascas, mientras que en el sur solamente una. En todo el territorio ocupado por el navajo-apache, las variantes locales del idioma muestran tan sólo como cinco siglos mínimos de diferenciación, lo que sugiere que este pueblo habría llegado hasta el sur pocos siglos antes de la Conquista.

El tlingit-atapasca tiene relaciones más lejanas con el haida de Canadá y Alaska, y se han notado semejanzas con el grupo sino-tibetano de Asia. Es posible que este conjunto quede fuera del “paleo-americano” y que se deba a una inmigración más reciente de hace como ocho mil años.

Los indígenas más recientes en México son los quicapúes, que entraron en México en tiempo de Juárez, por no gustarles vivir en las reservas de Norteamérica. Hablan un idioma de la estirpe algonquina, tipo nororiental del “paleo-americano”.

LENGUAS INCLASIFICADAS

La historia de México registra otros varios idiomas que no han sido clasificados hasta ahora. Un ejemplo es el guachichil del desierto de San Luis Potosí. Este pueblo luchó contra los españoles y posteriormente fue evangelizado. Desapareció como tribu porque los mineros y hacendados importaron muchos negros e “indios mansos”, tales como nahuas, tlaxcaltecos y tarascos, para utilizarlos como peones. Mezclados entre tantos forasteros, los guachichiles rápidamente perdieron su identidad. De su idioma sólo conocemos una que otra palabra, principalmente nombres de personas, sin saber el sentido de las raíces. Esto dificulta su estudio lingüístico.

Otros idiomas que han desaparecido en semejantes condiciones son el tamaulipeco, el olive, el toboso del norte, el guaycuri de Baja California, etcétera.

Las crónicas mencionan además muchos otros nombres de grupos indígenas; pero en numerosos casos no se sabe si se trata de alguna banda de una nación grande o de un pueblo con idioma propio.

LUGAR DE ORIGEN

Hay en América restos arqueológicos que indican que la población ocurrió desde hace veinticinco mil años, pero los estudios lingüísticos conducen a pensar que todavía hace quince mil años se habló un solo idioma. Por tanto, parece que no quedan restos de los primeros idiomas de América. Para explicar esto tendríamos que concluir que las importantes inmigraciones de Siberia de la misma época traerían un nuevo pueblo con técnicas muy superiores a las de sus antecesores, por lo que pudieron multiplicarse y expandirse, sustituyendo por la suya las lenguas anteriores.

Mucho más tarde habrían llegado otros idiomas, entre los cuales quizá se cuenten el nadene y el esquimal-aleuta.

Varios sabios suponen la llegada de viajeros a través del Pacífico, en el último milenio o los dos últimos antes de la Conquista. No hay indicios de que haya sobrevivido alguna lengua traída en esta forma.

IMPORTANCIA HISTÓRICA Y TOPONIMIA

Durante cuatro siglos, antes y después de la llegada de los españoles, el nahua fue la lengua dominante en lo que es actualmente el México central. A ello se debe que conozcamos gran parte de los pueblos, cerros, montañas, ríos y hasta naciones, con nombres provenientes de esa lengua: maza-teca es “gente de venado”, mix-teca “gente de gato”, zapo-teca “gente de zapote”, formados con el sufijo *-teca* “gente”, variante de la raíz *tlaca-tl* en nahua septentrional o *taka-t* en el habla meridional. La tierra de los tarascos la conocemos con un nahuatlismo, Mich-uacán “pescado-lugar”, de *michi-tl* “pescado”. Y también el estado donde abundan zapotecas y mixtecos, Oaxaca “guaje lugar” de *waxi-tl* “guaje”. Cuando menos tres tribus de la antigua tradición se conocen por un sobrenombre de origen nahua, chichi-meca, o sea “perro-meca”, o sea “perro-linaje”, que usa la raíz de *meca-tl* de la cual viene la palabra “mecate”. Los nombres popoloca o popoluca, chontal y otomitl también parecen haber tenido la connotación general de “bárbaro” en nahua.

La influencia nahua se extendió muy lejos, pero quizá no tanto como podría suponerse, tomando en cuenta los toponímicos modernos. Los españoles indagaron mucho de la geografía del país a través de los nahuas. En muchos casos los lugares se conocían por diversos nombres, porque cada nación usaba el suyo. Otras veces se trataba de una expresión usada en los diferentes idiomas. Por ejemplo, el nombre de Oaxaca en zapoteco es *Lu-la'a* “entre guajes”, en mazateco *Naxi-ntsye* “cerro-guaje”, mixteco *Nu'u-nduwa* “cara-guaje” (frente a los guajes).

El poderío del imperio azteca estaba en auge cuando llegó Cortés. Sin la intervención de los españoles quizá con el tiempo habría llegado a dominar el país como Roma en Europa. De igual modo es posible que el nahua habría acabado por desplazar muchos otros idiomas, tomando así el papel que tocó al español. Sin embargo, en el momento de la Conquista la lengua nahua no había logrado una posición tan absoluta como la del latín, por ejemplo, en el siglo X. Se estaba extendiendo por el sistema de colonización y servía además para el comercio y la política en una parte de México; pero en ciertas regiones dominaba el idioma de otros imperios independientes o semi-independientes como el huasteco, yucateco, mixteco, zapoteco, tarasco, etcétera. De allí que una parte de los toponímicos en cada región ha

sobrevivido en forma no nahua. Hasta el otomí, que habitaba un territorio bien controlado por el imperio azteca, ha contribuido con muchos nombres a la toponimia actual.

La influencia nahua no penetraba a toda la parte norte de México, poblada por grupos más primitivos, pues, a causa de la distancia, estaban libres de la dominación de los imperios. Este hecho se refleja en los nombres de lugar.

SONIDOS

Algunas lenguas autóctonas de México tienen sonidos parecidos a los del español, otras tienen rasgos que recuerdan idiomas europeos o asiáticos. Entre sí muestran grandes diferencias, lo cual no es extraño ya que durante largo tiempo se han venido diferenciando y que varias olas migratorias han traído nuevos idiomas.

El tarahumara tiene cinco vocales más o menos parecidas a las castellanas. Varios tipos del zapoteco las tienen pero contrasta fuertemente entre una pronunciación muy larga cuando la vocal va seguida por una consonante sencilla, y una muy corta cuando antecede a una consonante doble. Por tanto el ritmo zapoteco recuerda mucho al italiano. En el cahita el contraste de vocal corta y larga no depende de la consonante, sino es inherente a las vocales, como era en el latín clásico o como es en el húngaro o el alemán. Por tanto precisa marcar las largas en la escritura; la convención más usual entre los peritos es doblar la vocal, por ejemplo, en cahita *puusi* “ojo”. El contraste de vocales cortas y largas es muy usual en las lenguas indígenas de México, por lo que sería más fácil dar la lista de las que no lo presentan, la que incluiría, por ejemplo: el tzeltal-tzotzil, tarasco, mixteco, mazateco, cuitlateco.

El nahua tiene solamente cuatro vocales, i, e, a, o, pero el sonido de esta última fluctúa, y se pronuncia como u en algunas regiones. Aparte, hay en el nahua, como en casi todas las lenguas indígenas de México, una u consonante, muchas veces escrita con w, que suena a veces como en inglés, a veces como gu del castellano, y a veces como b o v castellana, según la región.

El sistema de cuatro vocales ocurre en unos cuantos idiomas dispersos en la república, como el mazateco, ciertos tipos del zapoteco y el apache. El totónaco y el tepehua tienen tan sólo tres vocales, i, a, u, aunque la fluctuación con

que se pronuncian a veces da la impresión de otros sonidos distintos. Entre los sistemas vocálicos más complicados está el del otomí, que además de los cinco fonemas usuales distingue, como el francés, entre e cerrada y abierta, también entre a cerrada y abierta, y tiene una vocal “central, alta, no-redondeada”, es decir que se pronuncia más o menos con la posición lingual de la u; pero con los labios no contraídos sino extendidos como al sonreírse. La escritura más usual entre los peritos para tal sonido es *i*, o sea *i* cruzada.

La *i* se encuentra en varias otras lenguas de México, como mixe, mixteco, cuicateco, huave, pápago, lacandón. En tarasco, ocurre sólo tras sibilante, como *sini* “diente” y *tsitsiki-* “flor”.

Vocales nasalizadas, de tipo francés o como se oye en la pronunciación usual de aja (que suena aⁿjaⁿ), se encuentran en otomí-pame, en mixtequeño, en la familia popoloca, en chinanteco, o sea en una mitad de los grupos de la cadena tarasco-chinanteca. En francés son los timbres vocálicos abiertos los que pueden ser nasalizados, pero en los idiomas mexicanos son todos o casi todos.

Pasando a las consonantes, un rasgo muy extendido y notable de la fonética indígena mexicana es el que los frailes bautizaron como “saltillo”, y que se representará aquí con una comilla. Se trata de un corte momentáneo de la voz que se produce cerrando fuertemente las cuerdas vocales. Suena como al final de la pronunciación seca de sí (o sea si’) como se usa en el centro de México o en medio de si-i (si’i) como se dice en Oaxaca, o como el rasgo con que se termina una pregunta en Michoacán (por ejemplo, ¿lo hago’?). Si hablamos del saltillo como consonante en las lenguas indígenas, es porque se usa con frecuencia, tal como el árabe. En las lenguas maya, totonaco, nahua y zapoteco se encuentra solamente después de vocal; en otras lenguas también en racimos con otras consonantes.

Es también común en las lenguas indígenas la aspiración, o sea el sonido que se da a la *j* en el español de Sonora, Veracruz, el Caribe y Andalucía, el cual se puede comparar con el que se usa generalmente en la pronunciación de ajá. Siendo igual a la *h* de varios idiomas europeos, se suele emplear esta letra para dar la aspiración. Este fonema ocurre en casi todas las lenguas indígenas. Una que otra tiene además una consonante fricativa del tipo de la *j* del centro de México.

Algunos idiomas autóctonos, en los últimos siglos, han adquirido del español consonantes del tipo de *b*, *d*, *g*; pocos las tenían anteriormente.

Las lenguas de la stirpe maya generalmente tenían una b, pero carecían de la d g. El cahita poseía dos sonidos labiales, b y bw, o sea b sencilla y b redondeada. El pápago tenía b d g. El zapoteco y algunos dialectos del otomí parecen haber asimilado una antigua serie p t k al sonido de b d g, aparentemente por influencia del español. Llegamos a esta conclusión porque los primeros escritos hechos por los frailes en estos idiomas mostraban principalmente p t k en las palabras que hoy tienen los nuevos sonidos.

El nahua, el cuitlateco, el mixeño, el totonaco y varias otras lenguas tenían una sola serie de consonantes oclusivas del tipo p t k. El tepehua y las lenguas mayenses tenían además una serie llamada glotalizada, consistente en la oclusiva combinada con el saltillo ya descrito, o sea p' t' k'. El tarasco tiene una serie de aspiradas, o sea la oclusiva seguida por aspiración, ph th kh. El grupo otomí, el mazateco y el apache tienen los tres tipos. Sin duda, este sistema triple era muy antiguo en América y quizá en el mundo. Hasta en el Viejo Mundo se encuentra, por ejemplo en muchas lenguas del Cáucaso y algunas de África meridional y del Asia sudoriental. El mismo indoeuropeo, en algunas de sus formas más antiguas, también muestra un sistema triple, excepción hecha de las glotalizadas que son sustituidas por las sonoras (b d g en vez de p t k) y en latín las fricativas f h sustituyen a las aspiradas. En el griego más antiguo subsistían todavía ph th kh como aspiradas y no como fricativas, en que se transformaron después.

Algunos idiomas de México, como el huasteco, mixteco, tarasco, cuitlateco, nahua y apache, tienen k^w, o sea k labializada; que debe haber sido un sonido antiguo del “paleo-americano”. La familia totonaca diferencia dos clases de k, común y posterior, escribiéndose ésta con q. Abunda entre los idiomas autóctonos el sonido x (como sh del inglés), fonema que desapareció del español solamente en el siglo XVIII y que existe todavía en el portugués. En algunos tipos de zapoteco hay además una segunda clase de x, que se produce tocando el paladar con la punta de la lengua. El totonaco, el cuitlateco, el chontal de Oaxaca y el apache tienen una l sorda, que suena más o menos como la combinación lz o lh producida sin vibración de las cuerdas vocales. El sonido de ch es común y también la africada ts; tl se encuentra en nahua, totonaco y apache, pero en nahua no es antiguo sino una mutación de la t ante vocal a. El nahua meridional, inclusive el llamado “pipil” y el pochuteco, usa sólo t, como en *takat* en vez de *tlakatl* “hombre”.

Los sistemas acentuales de los idiomas indígenas son variados. Varios, como el nahua, el totonaco y tzeltal-tzotzil, tienen un acento puramente mecánico cuya posición se puede predecir de acuerdo con el número de las sílabas o la cantidad, sea larga o corta, de las vocales. El tarasco representa un acento simple no mecánico; pero con la restricción de que no puede caer sino en una de las dos primeras sílabas, por larga que sea la palabra. El zapoteco tiene acentos tonalmente diferenciados, distinguiéndose generalmente acento alto, bajo, ascendente y, en algunas hablas locales, descendentes; cae generalmente en una de las dos últimas sílabas. Las lenguas popolocas tienen una tonalidad silábica, es decir, cada sílaba tiene su propio tono, sea alto, bajo o medio. Los demás idiomas se dividen entre estos tres sistemas principales, pero falta información adecuada sobre muchos de ellos.

LA INFLEXIÓN

Gran parte de las lenguas tienen sistemas de conjugación verbal a grandes rasgos semejantes al del español u otros idiomas europeos; pero tienen diferencias de formación y de contenido. El zapoteco y el mixteco marcan los tiempos y modos por prefijos en vez de sufijos; el nahua usa en parte prefijos, en parte sufijos; el apache usa prefijos junto con modificaciones de la vocal de la raíz. En español, es muchas veces difícil separar la parte de la desinencia que da el tiempo de la parte que expresa el pronombre, pero en las lenguas autóctonas se encuentran generalmente dos afijos que se juntan para dar uno el tiempo y otro la referencia pronominal. En gran parte de ellas hay además un elemento para el objeto; por ejemplo, nahua *oo-ni-miits-maka* “yo te lo di” consta de *oo-* prefijo del pretérito, *ni-* sujeto de primera persona, *miits-* objeto de segunda (indirecto, con el objeto de tercera implícito), *maka* raíz “dar”.

En muchos idiomas el nombre marca posesión pronominal por medio de afijos semejantes a los del verbo; por ejemplo en nahua *no-tat* “mi padre”, *mo-tat* “tu padre”, *ii-tat* “su padre”, donde los prefijos posesivos coinciden en parte con los del objeto verbal. En zapoteco, que expresa la persona verbal con sufijos, se expresa también la posesión con semejantes sufijos; por ejemplo *saya-l-u* “irás”, *sná-u* “tu mamá”.

La inflexión del nombre, aparte de la posesión, es generalmente sencilla. En algunos idiomas como el zapoteco y el mixteco, el plural se expresa en el verbo pero no en el nombre. En otros, como el nahua y el tarasco, el plural se emplea solamente en nombres que se refieren a personas y, con raras excepciones, no existe en cuanto a cosas. La inflexión del nombre en cuanto a caso gramatical no es muy común, pero ocurre por ejemplo en tarasco, en que se marca el genitivo con la desinencia *-ri* y el acusativo con *ni*. En las lenguas que no marcan el caso y que tienen afijos de posesión pronominal, es usual decir “hombre su-padre” para dar la idea de “padre del hombre”.

Para finalizar, a continuación puede verse un fragmento de una página del Diccionario “Anónimo” del otomí, del siglo XVI.



